

Para ilustrar este punto, podemos dar algunos ejemplos dramáticos de tales sueños. Una persona que ha estado en una fiesta con gente muy artificial y socializada puede soñar que se encuentra rodeado de maniquíes o de animales amaestrados. Un ingeniero muy sensible, pero inconsciente de su propia capacidad crítica, que había visitado una corporación altamente burocratizada en su trabajo, tuvo un sueño atemorizante: pasaba por un edificio cuadrado, en donde todo era cuadrado y había cadáveres mirando fijamente por cada una de las ventanas. Alguien al regreso de un mitin político puede soñar a un grupo de tiburones fumando puros alrededor de la mesa. La gente joven puede soñar a su escuela o su lugar de trabajo como manicomios o prisiones, o como lugares en donde todos se ven iguales, visten igual, actúan igual, o en alguna forma determinada y característica. Estos sueños, u otros muy parecidos, provienen tanto de pacientes como de personas que no necesitan terapia en diversas situaciones sociales.

Algunas veces este tipo de sueños son expresiones de hostilidad y desprecio y por lo tanto son distorsiones negativas de la realidad; pero a menudo son expresiones de una crítica, penetrante, perceptiva, profundamente sentida, pero todavía inconsciente; son un intento emocional de afirmarse, enfrentarse y diferenciarse uno mismo de una institución o grupo social que son opresivos, penetrando las apariencias y tocando la realidad subyacente que puede ser opresiva, falsa o desvitalizante. La interpretación correcta de este tipo de sueños requiere con más razón una actitud crítica y un conocimiento de la realidad social a la que el sueño se refiere; además, como siempre, un examen de la actitud real del soñante tanto en el sueño como en general, en otras circunstancias con el objeto de distinguir una crítica social de un desprecio, hostilidad irracional, suspicacia o miedo excesivos o un desplazamiento hacia "el sistema" de la culpa por los problemas propios del soñante.

LAS BASES BIOLÓGICAS DE LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES

Miriam Rosenberg, M.D. Ph.D.

Introducción

LA MAYORÍA de las sociedades han delineado hasta cierto grado los papeles característicos a seguir para hombres y mujeres. Tales estereotipos sirven de modelos para niñas y niños durante su desarrollo, y su función es por lo general asegurar que se lleve a cabo el trabajo y la reproducción necesarios para el mantenimiento de tal cultura. Pueden ser útiles en la medida en que brindan seguridad y estabilidad y pueden dañar en la medida en que limitan las potencialidades. Los estereotipos sexuales que ayudaron a transformar una América pre-revolucionaria en una sociedad tecnológica pueden ser inapropiados o hasta peligrosos en una sociedad amenazada por la sobrepoblación, la guerra nuclear y la contaminación atmosférica. En años recientes el movimiento feminista y una literatura cada vez mayor ha reexaminado los estereotipos sexuales a la luz de las necesidades de la moderna sociedad americana.

El arte popular creado por una cultura es indicativo de los estereotipos sexuales y si examinamos los comerciales, la literatura popular, las telenovelas, etc., veremos que la mujer americana ideal es pasiva, receptiva, generosa, intuitiva, emotiva, débil, deficiente en ciencias, matemáticas y pensamiento abstracto; puede tener dotes artísticas pero nunca adquiere reconocimiento por sus intentos creativos, ni aspira a ello; en cambio hace enormes esfuerzos por llegar a ser físicamente atractiva de acuerdo a los inestables ideales de belleza femenina, para lograr esto, ella puede ser orillada a la automutilación ayunando hasta alcanzar dimensiones esqueléticas, quitándole vitalidad a su pelo o destruyendo su donaire con zapatos de tacón. El hablar de automutilación nos lleva a la definición psicoanalítica de una mujer madura femenina considerada como masoquista y debido a su impercedera envidia del pene es también narcisista, pasiva, celosa e inmoral; el orgasmo vaginal es el único que tiene.

El hombre ideal en nuestra sociedad es valiente, fuerte, activo, competitivo, agresivo, con actitudes de líder, frío y racional, eficiente en matemáticas, ciencias y pensamiento abstracto,



con poco interés en su apariencia física. Además la teoría psicoanalítica nos dice que él posee un fino sentido de la moralidad y que es el compañero perfecto para cuidar a la mujer dependiente y amoral.

En febrero de 1972, Bernard Gunther en *Playboy* llevó a cabo una encuesta con "ejercicios" de autopercepción, la cual fue ampliamente ilustrativa: "Soy una mujer asustadiza, una gata, una amante, como algo insensato, un niño, un cuerpo, mucho hormigueo, con la vista en la distancia temerosa de la violencia, una persona solícita que necesita atención, que ama el sol, la danza, que disfruta la tranquilidad, que gusta de ser acariciada, que desea sentirse querida, que quiere compartir." El hombre dice que él es: "muchas células, una masa de energía, un ser de este planeta, algo serio, algunas veces impertinente, un ser que duda, un ser que busca, alguien que desea comprender, el deseo de trascender, un conjunto de deseos, un amante de la naturaleza, energía psíquica, dios" (Gunther, 1972)... y así por el estilo. Por supuesto que en el área de los estereotipos sexuales, *Playboy* u otras revistas pueden superar esto, pero no en esa forma tan explícita y condensada. Hojeando cualquier revista popular nos topamos con amas de casa que con una sonrisa hueca observan la ropa limpia mientras una enorme caja de detergente se vacía sobre ésta como un destello divino, y con bellas mujeres que no pueden entender su cuenta de cheques. En las películas abundan los hombres musculosos, de mandíbulas salientes que castigan los asesinatos y violaciones de mujeres "baratas", v. gr. mujeres seductoras, a la vez que permanecen fieles a sus madres y a sus por siempre vírgenes esposas.

Muchas feministas han notado el asombroso paralelo que existe entre los estereotipos sexuales para la mujer y para los negros (Millet, 1970), tanto hombres como mujeres, en la época en que se castigaba la esclavitud y todavía ahora en algunas partes del país. La negativa para concederles derechos a los negros fue racionalizada con un estereotipo que los describía como emotivos, dependientes, amorales, musicales (en un sentido trivial, nunca en sentido creativo) no intelectuales, infantiles (Fitzhugh, 1854; Not, 1875).

El tema a considerar aquí es de si hay bases biológicas para estos estereotipos sexuales. ¿Existe algún factor biológico innato que haga a la mujer deficiente por naturaleza para llegar a ser un buen médico o para entender una cuenta de cheques, mientras que cómodamente a la inversa, hace al hombre inútil por la naturaleza para las labores del hogar? Durante tres siglos, por lo menos, los científicos y los escritores médicos han

tratado de explicar biológicamente los estereotipos sexuales, aludiendo, por ejemplo, que la mujer posee una baja capacidad intelectual debido a que su cerebro es más chico ya que su cráneo es pequeño (Meigs, 1847; Xarpenter, 1850; Tracy, 1860). Otros escritores explicaban que la baja capacidad intelectual del esclavo negro se debía al gran tamaño de su cráneo, lo cual hablaba de su primitivismo evolutivo. (O'Neill, 1850; Peacock, 1853-56; Merrill, 1855). Es interesante hacer notar que estos científicos y escritores médicos han sido sin excepción hombres blancos.

Tipos de estudios

Hay diferentes formas de abordar el problema de los determinantes biológicos de la conducta sexual específica: estudios en animales, experimentos científicos, la observación de anomalías sexuales en el ser humano, como las alteraciones en donde existe una ambigua determinación del sexo, observaciones en el recién nacido, la sociología, la antropología y la historia.

Los estudios en animales se basan en la idea de que es posible observar la conducta "natural", no alterada por los efectos de la socialización. Existen grandes problemas para extrapolar los resultados de los estudios en animales a la conducta humana. Por una razón, como Weisstein (1971) lo ha señalado, si tales estudios fueran apropiados, ya que los monos no pueden leer, no deberíamos enseñar a los niños a leer. Las consideraciones sobre este punto son obvias, pero ¿qué conducta animal decidiríamos estudiar? Por otra parte, la idea de que los animales no están socializados es una ignorancia ingenua que se deriva y tiene tanta validez como el mito de que un dios hombre en un acto de admirable creación formó al ser humano a semejanza propia, después de haber terminado con la faena de hacer la tierra, las plantas y los llamados animales inferiores. Los animales están socializados de acuerdo a las necesidades y estilo de vida de su propia especie... ¡no están socializados para ser humanos! Tercero, los animales en el laboratorio, en la casa, o aun en el campo, que son examinados por seres humanos disfrazados con trajes verdes y portando cámaras, cuadernos y emparedados de crema de cacahuete, no son animales salvajes comportándose como lo harían sin observadores. Cuarto, tanto la conducta humana como la animal se observan bajo los mismos prejuicios humanos. Finalmente, ¿qué animal sería estudiado? Es bien sabido que sólo un mamífero —el *homo sapiens*— tiene relaciones sexuales no cíclicas, así que ninguna otra especie puede ser



útil para estudiar la conducta sexual. El animal más comúnmente usado para estos estudios es el mono *rhesus* que está bastante alejado del ser humano comparado con otros monos en el diagrama evolutivo (Romer, 1945; Simons, 1964). Pero aun escogiendo la especie más cercana al humano en el diagrama evolutivo (¡aún no se sabe cuál podría ser! [Darlington, 1969; Napier, 1970]) no se podría excluir la posibilidad de que los genes en relación con la conducta social hayan cambiado durante el proceso de evolución de los seres humanos... así como sólo los humanos poseen la secuencia particular de aminoácidos que forman la hemoglobina humana, en la misma forma somos indudablemente únicos desde el punto de vista evolutivo en muchos otros aspectos biológicos, si no es que en todos.

El segundo tipo de estudio mencionado, los experimentos científicos son muy difíciles de llevar a cabo. Tales experimentos consisten, generalmente, en introducir un factor sexual específico, como una hormona, en el sexo opuesto de un animal en un determinado nivel de desarrollo y posteriormente comparar la conducta de los animales con tratamiento con la del grupo control. Una vez más nos enfrentamos con el problema de decidir qué rasgos de conducta son específicamente sexuales sin imponer prejuicios culturales. Y otra vez estamos ante el dilema de considerar qué especie sería la apropiada. Ya que los humanos, generalmente, se consideran a sí mismos superiores a todos los demás animales, muy raramente hacen este tipo de experimentos en seres humanos. Se realizaron estudios de pacientes tratados con hormonas sexuales debido a otras enfermedades (Drellich, 1966) pero en estos casos, se trata de pequeños grupos, sujetos enfermos y adultos que ya han compartido de lleno el proceso de aculturamiento.

Los experimentos humanos de la naturaleza han sido los individuos que en algún momento de su desarrollo compartieron características sexuales masculinas y femeninas a la vez. Los verdaderos hermafroditas —personas con genitales internos de ambos sexos— son extremadamente raros, y los casos de estos estudios han sido pseudohermafroditas —personas con los cromosomas y genitales internos de un sexo, pero con genitales externos que al nacimiento semejan al sexo opuesto. Tales personas, a menudo, han sido educadas con una identidad sexual opuesta a su identidad sexual biológica, y se han utilizado para estudiar la interacción de los efectos biológicos y sociales en la determinación de la identidad sexual de una persona. Estos casos no constituyen un material de estudio bien definido, ya que generalmente, son el resultado del aumento de andrógenos en

fetos femeninos o de deficiencia androgénica en fetos masculinos, los efectos biológicos determinan tanto la ambigüedad de los genitales externos como los cromosomas y los genitales internos. También los métodos para determinar el sexo psicológico, o sea la identidad sexual determinada por la propia persona, se derivan directamente de la socialización del observador y por lo tanto no son necesariamente indicativos de la influencia de los factores biológicos en la determinación de la identificación sexual. Por ejemplo, en algunos estudios, niños pequeños con interés artístico eran considerados como de identidad sexual ambigua, mientras que los juegos de asesinatos y pistolas eran considerados como signos inequívocos de identidad sexual masculina (Stoller, 1968). Es obviamente absurdo usar tales criterios para la identidad sexual. Los determinantes biológicos de los estereotipos sexuales no pueden separarse del aspecto cultural usando como criterio los estereotipos culturales —nos encontramos en un círculo vicioso. Lo mismo puede decirse de los estudios en animales en donde el problema es aún más insidioso, porque los científicos tienden a negar el hecho de que imponen valores culturales al llevar a cabo sus observaciones de la conducta animal.

La cuarta categoría de estudios se refiere a las observaciones en el recién nacido. Esto podría darnos datos de las diferencias en el nacimiento entre niños y niñas antes de haberse establecido la socialización del papel sexual, pero debe llevarse a cabo demasiado pronto porque como es bien sabido desde el primer momento, cuando los niños son envueltos en sábanas azules y las niñas en sábanas rosas, ambos sexos son tratados en una forma muy diferente por la mayoría de las personas que están en contacto con los bebés (Sears y col., 1968; Rothbart and Maccoby, 196?). También aquí ¿qué aspectos de un recién nacido serán importantes para su futura conducta sexual estereotipada?

La última categoría se refería a los estudios históricos, antropológicos y sociológicos cuyo valor consistiría en que si alguno de los estereotipos sexuales fuera universal en las poblaciones humanas, es probable que hubiera algún componente biológico; por ejemplo, todos los seres humanos comen. Si, por otra parte, esos estereotipos fueran infinitamente variables en las diferentes sociedades en épocas diferentes, sin referirse a la raza u otras agrupaciones genéticamente similares, entonces la búsqueda de algún componente biológico sería estéril.

Estas son las clases de estudios que se han llevado a cabo y los problemas en relación con su interpretación, pero antes de ver los resultados de esos estudios quiero recalcar la dificultad que existe para realizar una investigación informativa sobre el



tema de las bases biológicas de los estereotipos sexuales. Durante los dos últimos siglos la ciencia ha sido como un asno de oro y en personas que no están entrenadas en la investigación científica y aun en quienes lo están, existe la tendencia a considerar los informes de los resultados como la verdad del evangelio, sólo porque es ciencia. Es un tema popular en la prensa, e invariablemente este tipo de informes populares están escritos de tal manera que se puedan derivar conclusiones definidas y trascendentes que no encontrarían justificación si se revisara cuidadosamente tal informe científico. Lo que es más, el mismo informe original puede ser ambiguo, estar mal planeado o tener una muestra inadecuada, etc... lo cual, sin una preparación científica previa es difícil de detectar. Uno debe ser muy cauto al leer las conclusiones de cualquier experimento científico dándolas por hechos. Weisstein (1971) en un artículo muestra lo erróneo que han sido muchos artículos científicos sobre la psicología femenina.

Resultados de los estudios

1. Observación en animales

¿Cuáles son los resultados de algunos de los estudios en los substratos biológicos en cuanto a los estereotipos sexuales humanos? Probablemente el resultado más importante en los estudios sobre animales es que en las diferentes especies existen todas las formas imaginables de relación entre los sexos, desde el león hembra que hace la mayor parte de la caza (Etkin, 1964; Tinbergen, 1965) hasta el tití macho que se ocupa de cuidar a sus pequeños (Schultz, 1969; Mitchell, 1969), o el gibón muy cercano al ser humano desde un punto de vista evolutivo en quien hay muy poca, si la hay, diferenciación de personalidad entre los sexos y hembras y machos son difícilmente distinguibles por su conducta o por su apariencia física (Southwick, 1963; Carpenter, 1964). Aun observando primates exclusivamente, no se encuentra un patrón consistente de diferenciación conductual excepto por el hecho de que las hembras paren y amamantan a los hijos y los machos introducen el esperma durante el acto sexual.

El más comúnmente usado para estos estudios es el mono *rhesus*, a pesar de estar lejos del ser humano en el diagrama evolutivo en comparación con otros grupos como los gibones, por ejemplo (Romer, 1945; Simons, 1964).

Harlow aisló monos *rhesus* de otros monos durante dos me-

ses y observó su forma de jugar. Afirmó que al reunirse hembras y machos éstos se enfrascaban en juegos más rudos y eran más agresivos que aquéllas (Harlow y Zimmerman, 1959; Harlow, 1962; Harlow and Suomi, 1970). Este trabajo es citado a menudo por la prensa popular. Tanto la observación en animales como la observación en seres humanos están sujetas a los mismos prejuicios del observador. Se ha demostrado bastante bien en qué forma pueden variar los resultados de los estudios sobre la conducta de acuerdo a las expectativas que se tengan de los resultados (Rosenthal, 1966; Rosenthal and Jacobson, 1968). En una cultura como ésta, en donde la conducta agresiva y el ser hombre son recompensados, es probable que los observadores esperen encontrar una conducta más agresiva en los pequeños monos machos que en las hembras. Es todavía más difícil de creer en la objetividad científica de los estudios de Harlow cuando hace afirmaciones como las siguientes en su trabajo científico.

“Estoy convencido de que casi en su totalidad estos datos pueden generalizarse al hombre. Hace algunos meses fui a un día de campo escolar, con 25 niños de segundo año acompañados de sus padres. Mientras los padres estaban sentados y las niñas andaban por los alrededores o saltaban tomadas de la mano, 13 niños jugaban luchas, paraban a su adversario, se perseguían y retrocedían. Ninguna niña persiguió a ningún niño, pero algunos niños sí persiguieron a algunas niñas. Los seres humanos han vivido dos millones de años y probablemente vivirán otros dos millones más.”

“Estas diferencias secundarias de conducta sexual existen probablemente en toda la orden de los primates y más aún, son diferencias biológicas innatas, del todo independientes de cualquier fachada cultural. Sin embargo, no menospreciamos a la hembra...”

“Las hembras no muestran ningún respeto por el macho a quien pueden dominar.”

“Asignamos a Kathy para que se encargara de la vigilancia durante las tardes, ella había trabajado durante varios años entrenando monos a la vez que estudiaba para maestra de primaria (Kathy es un ser humano).”

“Creemos que nuestros datos ofrecen pruebas convincentes de que las conductas sexuales difieren en gran parte debido a factores genéticos. Sin embargo, no pretendemos que el descubrimiento de las diferencias de conducta entre los sexos sea nuestro. En 1759 Laurence Sterne en su libro *Tristram Shandy* describió las diferencias masculinas y femeninas en el momento

más crítico del desarrollo de Tristram Shandy, en realidad, no sería posible concebir algún momento más crítico.”

“Por Dios, querido, dijo mi madre, ¿no se te olvidó darle cuerda al reloj? —Válgame —exclamó mi padre, pero procurando moderar su voz al mismo tiempo—. Desde que el mundo fue creado, ¿habráse visto que una mujer interrumpa a un hombre con una pregunta tan tonta?”

“Hombres y mujeres han diferido en el pasado y seguirán difiriendo en el futuro.”

“Combinando nuestros talentos humanos y de monos machos, estamos ganando la buena contienda y además les damos el inapreciable regalo de la maternidad a las ingenuas y todavía resistentes hembras” (Harlow y Zimmerman, 1959; Harlow, 1962; Harlow y Suomi, 1970).

Lo que es más, es de poner en duda las condiciones de aislamiento en que se encuentran los monos si los humanos les dan de comer, de beber y les limpian sus jaulas. Es bien sabido que tanto los monos, así como muchos otros animales, son tan sensibles al proceso de socialización con los humanos, como lo son con su propia especie, particularmente si han crecido en aislamiento excepto por su contacto con los humanos. Finalmente, como se hizo notar con anterioridad, las especies utilizadas en estos experimentos están muy distantes de los humanos, hubiera sido mejor utilizar gibones, en quienes es difícil hacer la diferenciación entre machos y hembras, o titís, en quienes los machos se encargan en gran parte del cuidado de los hijos. A pesar de las serias dificultades que presentan los estudios de Harlow, cuyos resultados son dudosos e irrelevantes, es citado en numerosos libros de texto de psicología social y conducta humana para probar que existe una mayor tendencia “natural” hacia la agresividad en el hombre que en la mujer.

2. Experimentos científicos

Los experimentos científicos sobre este tema han sido contradictorios, ambiguos y no concluyentes. La mayoría de estos experimentos se han hecho con hormonas. En un laboratorio se demostró que la aplicación prenatal de testosterona en cobayos producía hembras adultas pseudohermafroditas (animales con complementos cromosómicos y genitales internos de hembra pero con genitales externos ambiguos) (Phoenix y col., 1959). Se adujo que estos animales mostraban una conducta sexual receptiva a la administración de estrógenos que las hembras normales. El administrar testosterona postnatal a estos animales no pro-

dujo ningún cambio importante en su conducta, como tampoco lo hubo cuando fue administrada a machos normales. Estos animales mostraron actitudes masculinas de “actividad sexual”, pero la misma conducta presentaron las hembras. Al inyectar hormonas femeninas con los estrógenos a un grupo de machos castrados, en algunos grupos se observó un incremento en la conducta sexual activa y en otros una disminución, con predominio de conducta sexual pasiva y todavía un tercer grupo reaccionó con una disminución de cualquier tipo de conducta sexual (Feder y Whalen, 1965; Ball, 1937; Kun, 1934; Whalen, 1964). Cuando tres diferentes laboratorios dan tres diferentes resultados de experimentos casi idénticos, es muy probable que hayan influido los prejuicios de los observadores, aun trabajando con cobayos.

Se dice que la testosterona administrada a ratas hembras recién nacidas trae como consecuencia una mayor agresividad, pero otros investigadores no han encontrado ningún cambio significativo de conducta (Beach y Holz, 1946; Dantchakoff, 1938; Raynaud, 1938). La castración de ratas machos recién nacidas da por resultado la producción cíclica de gonadotropinas, como en la hembra pero de acuerdo a un grupo de investigadores no se observan cambios demostrables en la conducta, de acuerdo a otro, se presenta una conducta sexual femenina (Feder y Whalen, 1965; Beach y Levinson, 1950; Shapiro, 1937); y de acuerdo a un tercer grupo las ratas machos y hembras que fueron castradas al momento de nacer y una rata hembra con ausencia congénita de ovarios, mostraron una conducta sexual normal al ser tratadas en la vida adulta con las hormonas apropiadas (Valenstein y col., 1955; Beach, 1945; Wilson y Yang, 1941).

Estos resultados representan lo mejor sobre el tema... hay contradicciones diametralmente opuestas y no existen resultados concluyentes. Cuando tres diferentes laboratorios han llevado a cabo el mismo tipo de experimento y han encontrado tres diferentes resultados, es claro que los prejuicios de los observadores juegan un importante papel y que todavía no se han desarrollado métodos adecuados para analizar la conducta sexual específica independientemente de las especulaciones del observador. Es absurdo extrapolar a la conducta humana cualquiera de estos resultados, pero se hace constantemente (Hamburg y Lunde, 1966; Tiger, 1969); de hecho muy pocos experimentos de este tipo, ya sean en perros, pájaros o mandriles se han escapado de las extensas y trascendentes analogías con la vida social de los seres humanos.



3. Los seres humanos pseudohermafroditas

Los seres humanos pseudohermafroditas se han estudiado ampliamente. En el feto normal los genitales externos y conductos urinarios siguen un patrón femenino a menos que los testículos en desarrollo produzcan testosterona. Si esto no sucede, los niños biológicamente masculinos nacen con complementos cromosómicos y genitales internos masculinos, pero con genitales externos semejantes a los femeninos. En fetos femeninos, el aumento en la secreción de andrógenos suprarrenales y otros trastornos poco comunes pueden causar hipertrofia del clítoris y fusión de los labios mayores y menores, de tal forma que el recién nacido parece ser niño cuando es atendido por el médico o cuando es visto por los padres. A estos niños, desde el nacimiento se les ha asignado un sexo biológicamente incorrecto, y muchos de ellos han llegado hasta la pubertad en estas condiciones, hasta que notan que los caracteres sexuales secundarios no se desarrollan normalmente.

En la gran mayoría de los casos observados por Money y en especial los de Hampson, la identidad sexual de los niños fue la que los padres les habían enseñado a tener, ellos se consideraban a sí mismos del sexo en el cual habían sido socializados, y tenían las fantasías y los intereses comunes que la sociedad asigna a tal sexo, aun cuando éste no era su verdadero sexo biológico (Money y col., 1957; Money y Green, 1969). No mostraron ninguna confusión anormal respecto a su sexo, a menos, que como se hizo en algunos casos, se intentara resocializarlos dentro de su sexo biológico. En tales casos, surgieron graves alteraciones y una tremenda confusión y trastornos psicóticos. Money concluyó que la socialización juega un importante si no es que un único papel en la identidad sexual del ser humano y que no se debe intentar cambiar esta identidad después de los 18 meses de edad, no sea que resulten graves problemas psicológicos.

Existen otras alteraciones innatas en la determinación sexual, mujeres sin un cromosoma X, hombres con dos o más cromosomas Y, o con uno Y y más de un cromosoma X (el hombre normal tiene un cromosoma X y uno Y) y algunas otras alteraciones poco comunes, cuyo número es muy pequeño para considerarlos como datos estadísticamente significativos. En todos los casos hay pruebas concluyentes de que los seres humanos adoptan actitudes, hábitos, intereses, fantasías y vocaciones del sexo al cual creen pertenecer, aun cuando sea diametralmente opuesto a su sexo biológico.

Por supuesto que hay familias que generan en el niño cierta

confusión de su papel sexual, pero estos casos se presentan más raramente en el grupo de personas con alteraciones biológicas en la determinación sexual, que en la población normal (Terman y Miles, 1936; Minuchin, 1964). Stoller hizo un tema de discusión de estas pocas personas que presentaban estas alteraciones y se sentían inconformes con el papel sexual que se les había asignado (Stoller, 1968), utilizándoles para comprobar que la identidad sexual es innata. Es difícil conceder mucho crédito a esta teoría cuando la gran mayoría de los pacientes estaban completamente identificados con el sexo asignado socialmente y cuando a la vez existe la misma pequeña proporción de personas inconformes con el sexo que se les ha asignado dentro de la población normal.

Probablemente es digno de mencionar el hecho de que existe una teoría que dice que los hombres que tienen más de un cromosoma Y son más agresivos (Jacobs y col., 1965; Price y Whatmore, 1967), pero esto se desaprobó recientemente (Sergovich y col., 1969; Ratcliff y col., 1970). El tema de la homosexualidad nunca se salva de caer dentro de estas discusiones y a mi forma de ver es una artimaña para apartar la atención del asunto. La identidad sexual de una persona y la elección del objeto sexual son dos temas completamente diferentes, pueden coincidir en algunos casos, pero en otros pueden ser completamente independientes. Existen homosexuales de todas formas y tamaños y muestran el mismo grado de aceptación de su identidad sexual que la población normal (Marmor, 1965; Weinberg, 1972). Sin embargo, los científicos no dejan de estudiar hermafroditas y pseudohermafroditas y otras alteraciones en la determinación sexual en busca de tendencias homosexuales, y no han encontrado diferencia en la prevalencia de homosexualidad entre estos pacientes y la población normal (Money y col., 1957 y Green, 1969).

4. El recién nacido

Las observaciones en el recién nacido han dado resultados de difícil interpretación significativa, como es que la potencia conductora de la piel en las niñas es mayor que en los niños (Weller y Bell, 1965). Además de los problemas ya mencionados que lo dejan a uno escéptico ante la posibilidad de encontrarse con un estudio no prejuiciado en cuanto a las diferencias sexuales en el recién nacido, es difícil saber en qué forma exactamente serían aplicables los resultados de la potencia conductora basal de la piel y variables similares que se han estudiado en el

recién nacido, al problema de los estereotipos sexuales en el adulto.

5. Antropología

En la antropología, la sociología y la historia es de hacer notar primero que nada, que como sucede en ciencias la gran mayoría de los profesionistas en estos campos son hombres. Una explicación aludida frecuentemente es que debido a su fuerte constitución física, los hombres están adaptados para mantenerse en los puestos más altos dentro de la sociedad (Tiger, 1969). Esta afirmación es fácilmente rebatida si consideramos la diferencia en constitución física entre los esclavos negros y sus amos, y entre otros grupos esclavizados y sus conquistadores.

En las sociedades humanas, la talla tiene que ver muy poco con las posiciones políticas de dominio y sumisión.

El clásico estudio de Margaret Mead en *Sexo y temperamento* es bien conocido. Después de estudiar a tres tribus de Nueva Guinea, concluyó:

“Hemos descrito en detalle los tipos de personalidad aprobados para cada sexo entre los tres grupos primitivos. Vemos que en los Arapesh, tanto los hombres como las mujeres, muestran una personalidad que considerada fuera de nuestras preocupaciones históricamente limitadas llamaríamos maternal en sus aspectos paternos y femenina en sus aspectos sexuales. Vemos tanto a hombres como a mujeres entrenados para ser cooperativos, no agresivos, y responsables ante las demandas y necesidades de los demás. No encontramos indicios de que el sexo constituyera un impulso poderoso para hombres o para mujeres. En marcado contraste con estas actitudes encontramos entre los Mundugumor que tanto hombres como mujeres estaban positivamente sexualizados, eran agresivos y rudos y con los apreciables aspectos maternos de la personalidad al mínimo. Tanto hombres como mujeres se acercaban al tipo de personalidad que en nuestra cultura encontraríamos únicamente en hombres muy violentos y rebeldes. Ni a los Arapesh, ni a los Mundugumor les beneficiaría un contraste entre los sexos, el Arapesh ideal es el hombre apacible y responsable casado con una mujer apacible y responsable. El ideal Mudugumor es el hombre violento y agresivo casado con una mujer violenta y agresiva. En la tercera tribu, los Tchambuli, encontramos una auténtica inversión de las actitudes sexuales de nuestra cultura, la mujer

es dominante, fría, activa, y el hombre es menos responsable y es la persona emocionalmente dependiente en la relación. Estas tres situaciones sugieren, por lo tanto, una clara conclusión. Si las actitudes temperamentales que tradicionalmente hemos considerado femeninas como la pasividad y la responsabilidad y complacencia en el cuidado de los niños, pueden ser adoptadas como un patrón masculino con tanta facilidad por una tribu y en otra ser proscritas por la mayoría de los hombres, no tenemos ninguna base para considerar estos aspectos de la conducta ligados al sexo.

Nos vemos obligados a concluir que la naturaleza humana es increíblemente maleable, respondiendo y contrastando vivamente a diferentes condiciones culturales... la uniformidad de las diferencias sexuales es producto de una creación cultural a la que cada generación aprende a adaptarse. Sin embargo queda aún el problema de conocer el origen de estas diferencias socialmente uniformadas” (pp. 190-191).

Conclusiones

Entonces, resumiendo, ¿dónde están las pruebas científicas que demuestran las bases biológicas de los estereotipos sexuales? Es claro que la socialización juega un papel tan importante que los componentes biológicos pueden llegar a ser irrelevantes. Nos hemos encontrado con toda clase de relaciones entre los sexos en las diferentes sociedades humanas y en las agrupaciones animales. Las únicas constantes son que la participación masculina en el proceso de la reproducción dura cuando mucho unos cuantos minutos, mientras que la participación femenina dura meses y además la parte femenina amamanta al producto durante periodos variables. No existe una diferencia constante ni entre crianza materna *versus* crianza paterna ni en ninguna otra actitud

Los estudios en animales representan tantos problemas interpretativos, que no es posible considerarlos importantes en el estudio de la conducta humana. Si en experimentos aparentemente científicos los prejuicios del observador condicionan resultados tan contradictorios, es obvio que están científica y políticamente prejuiciados y esto así es realmente: si en nuestra sociedad, como ahora sabemos, no se encuentran las bases biológicas de los estereotipos sexuales, entonces no se puede justificar por más tiempo el sistema actual que fomenta la desproporción en las oportunidades, en donde el hombre adquiere las

posiciones de mayor poder y la mujer sirve principalmente en actividades domésticas.

Es un hecho interesante que aunque ha habido multitud de estudios que intentan dilucidar las bases innatas de las diferencias entre el papel femenino y el masculino, actualmente muy pocos estudios se llevan a cabo para elucidar las bases biológicas de las diferencias entre negros y blancos aun cuando a los negros se les han adjudicado características similares a las de las mujeres, como poca inteligencia, gran sensualidad, incapacidad para obtener puestos en el poder o un buen nivel profesional, etc. Por el contrario, en el siglo XVIII y en el XIX estos estudios eran muy frecuentes, cuando la medición de la capacidad craneana de los negros y otras variables se usaban para racionalizar la esclavitud. Los pocos estudios que en años recientes se han llevado a cabo para ver el cociente intelectual de los negros han sido severamente criticados (Jensen, 1969; Jensen, 1970; Baratz y Baratz, 1970; Pettigrew, 1964; Scarr-Salapatek, 1971). Las críticas han versado sobre el hecho de que es imposible determinar las diferencias innatas de potencialidades en una época en que la sociedad limita las oportunidades de los negros. ¿Quién soñaría en comparar la conducta sexual activa de los cobayos negros y los blancos buscando analogía con las diferencias raciales humanas? ¿Absurdo, verdad? Sin embargo, estos estudios se hicieron en una época de la historia americana, y todavía se hacen al estudiar las diferencias de conducta de hombres y mujeres. Esto se hace, a pesar de que se han encontrado menos diferencias de aptitudes entre niñas y niños que entre niños negros y blancos (Stroud y Lindquit, 1942; Terman y Tyler, 1954; Maccoby, 1966; Jensen, 1969; Jensen, 1970). Es importante comentar el hecho de que el movimiento en pro de la igualdad de oportunidades para el negro ha progresado más que el movimiento en pro de la igualdad femenina, en nuestra sociedad, aunque ambos tienen todavía mucho por recorrer.

De ahí que, como científica estoy a favor de las investigaciones liberales pero desconfío de la intención de los experimentos diseñados para explicar, en base a la biología, las diferencias de inteligencia, intereses y puestos en el poder entre la mujer y el hombre. El experimento más eficaz sería, en esta época de la historia, proporcionar una completa igualdad de oportunidades desde la infancia y ver si las mujeres continúan siendo pasivas, siendo amas de casa dependientes, secretarias y sirvientas y no llegan a ser doctoras, licenciadas o presidentas. Si después de llevar a cabo un amplio programa de igualdad, existen todavía grandes diferencias en los estereotipos sexuales, entonces puede

haber una base de dónde partir para buscar el componente biológico. Pero no en cobayos —eso nunca daría resultado.

Como una prueba de que la investigación científica es inútil mientras haya razones políticas poderosas para mantener el *statu quo* de los estereotipos sexuales, vamos a considerar el caso orgasmo vaginal, uno de los estereotipos sexuales psicoanalíticos. El orgasmo vaginal, de acuerdo a los primeros psicoanalistas (Freud, 1933; Deutsch, 1944) era la respuesta sexual legítima de la mujer madura, y una mujer no podía considerarse psíquicamente sana hasta que pasara del orgasmo clitorideo de la niñez al orgasmo vaginal. Este fue uno de los pocos aspectos de los estereotipos sexuales que rápidamente se sujetó a una rigurosa investigación científica, y pronto se demostró plenamente que sobre el orificio vaginal casi no existen terminaciones nerviosas, en contraste con el clítoris, en donde existe una mayor concentración de terminaciones nerviosas sensitivas que en cualquier otra parte del organismo (Sherfey, 1966; Masters y Johnson, 1966). También se comprobó que existe sólo una clase de orgasmo y que está centrada en el clítoris (Sharfey, 1966; Masters y Johnson, 1966). Así que el orgasmo vaginal fue tan sólo un mito. Fue creado y perpetrado, probablemente con el objeto de suprimir la amenaza de la autonomía de la sexualidad femenina, independiente del hombre.

Sin embargo, a pesar de las rigurosas demostraciones anatómicas y fisiológicas de que el orgasmo vaginal fue una creación fantasmagórica de la imaginación de Freud, los psicoanalistas con una educación médica aún "creen" en él (Roiphe, 1972). Mientras exista el sistema de desproporción del poder, el experimento científico que desapruere las bases de la desigualdad será meramente despreciado por la élite en el poder.

